

Reseña

IN MEMORIAM

El pasado mes de enero falleció el famoso Sociólogo francés Pierre Bourdieu reproducimos el interesante artículo de Emily Eakin aparecido en el New York Times comentando su obra el año pasado; igualmente a comienzos del presente año falleció el sociólogo norteamericano David Riesman sobre el cual presentamos una reseña de Orlando Albornoz. Para FERMENTUM, Revista Venezolana de Sociología es casi un deber referir la desaparición de estos importantes colegas y un honor hacerlo de la pluma de tan distinguidos colaboradores.

Oscar Aguilera
Director

El polémico Pierre Bourdieu

Emily Eakin

The New York Times

PARIS

En términos casi absolutos, es el intelectual más influyente de Francia. Enseña en el Colegio de Francia y en la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales. Dirige una destacada publicación de sociología y supervisa una edición popular de obras sobre crítica social. Su nombre aparece casi semanalmente en la prensa francesa. Importantes revistas literarias le han dedicado ediciones enteras. Sus tres últimos libros fueron best-sellers. Cuando se despacha contra la economía de libre mercado o las leyes que restringen la inmigración, es noticia en toda Francia.

Su influencia trasciende las fronteras. La Asociación Sociológica Internacional incluyó su libro *Distinción*. Una crítica social del gusto entre

las diez obras de sociología más importantes del siglo XX. En las universidades de los Estados Unidos se ha puesto de moda con un furor nunca visto desde que arribaron a sus costas las ideas del último gran teórico francés, Jacques Derrida, en los años 70. En fin, a Pierre Bourdieu, que de él se trata, le sobra "capital simbólico" (digamos posición social), para citar uno de sus célebres neologismos, de suma importancia en los grandiosos esquemas teóricos que ha venido elaborando en las últimas cuatro décadas.

Para él, la sociedad humana se asemeja a una competencia feroz cuyo premio es la posición social. Poseer capital económico (bienes), social (redes de relaciones) y cultural (conocimientos especializados y diploma de una universidad prestigiosa) es una ayuda. Por supuesto, la gente, salvo la más rica e instruida, dispone de poco capital, sea cual fuere. La mayoría tiene pocas probabilidades de obtenerlo. En muchos sentidos, es la visión sombría de una perpetua lucha de clases, pujas por el poder y el prestigio (en su mayoría inútiles) y una sociedad dividida entre dominadores y dominados. "Quiero demostrar que la cultura y la educación no son meros pasatiempos, ni su influencia es secundaria-explica-. Son importantísimas para afirmar y reproducir las diferencias entre grupos y clases sociales."

El último gran pensador

Sorprende la modestia de este septuagenario de hablar suave, risita áspera y sonrisa bondadosa, al que muchos franceses consideran, quizá, su último gran pensador. Afirma que todos entramos en la vida adulta con una predisposición al triunfo o el fracaso que él llama habitus ("hábito"), un conjunto de experiencias profundamente fijadas que limitan nuestro desempeño de diversas maneras, todas ellas importantes. En lo social, es nuestro modo de internalizar las diferencias de clase y la forma en que eso dificulta nuestro ascenso. "El habitus no es algo fatal, pero lamentablemente sólo puede moverse dentro de parámetros muy limitados -advierde-. Viene a ser uncomo un pequeño programa de computación que guía nuestras opciones."

A diferencia de otros grandes sistematizadores con los que está en deuda (sobre todo, Michel Foucault y Karl Marx), Bourdieu puso a prueba sus ideas en minuciosos trabajos de campo. En veintitantos densos volúmenes, abundantes en cuadros y estadísticas, y con una

prosa académica a menudo impenetrable, ha encarado, uno tras otro, los aspectos de la cultura francesa, desde las universidades subsidiadas por el Estado hasta los "opinadores" que aparecen en los noticieros vespertinos. En cada caso, procuró demostrar cómo, hasta en una democracia que proclama la igualdad de oportunidades, la mayoría de las instituciones y convenciones sociales sirven para mantener el statu quo y sus desigualdades generalizadas.

Por ejemplo, el ingreso en las grandes écoles de elite se basa pura y exclusivamente en un examen nacional. Pero, al analizar a varios grupos de estudiantes admitidos, Bourdieu descubrió que una mayoría abrumadora pertenecía a las clases altas. Tenían más probabilidades tanto de presentarse al examen como de utilizar el lenguaje cultivado y el razonamiento analítico bien vistos por los examinadores. "El sistema escolar francés parece meritocrático, pero de hecho es muy conservador -dice Bourdieu-. La educación, que siempre presentan como un instrumento de liberación y universalidad, en realidad es un privilegio."

Entre los grupos analizados por Bourdieu, tal vez ninguno sale tan perdedor como el de los intelectuales. Por su tendencia a ocupar puestos prestigiosos y poseer diplomas, refuerzan la idea de que el conocimiento pertenece exclusivamente a la elite social. Los ataques más fulminantes de Bourdieu apuntan a lo que ha dado en llamar los "intelectuales totales", esos personajes carismáticos que se publicitan a sí mismos y abusan de su posición especial (y de la confianza del público) despachándose sobre temas en los que, en realidad, no son expertos. En su polémico y exitoso libro *La televisión* (1996), denunció a los entrevistadores televisivos como "pensadores rápidos" que sustituyen los argumentos sólidos por "comida rápida cultural".

¿Un hipócrita?

Algunos detractores lo acusan de simplificar excesivamente la realidad social. Otros, de intentar crear conceptos universales a partir de situaciones peculiarmente francesas. O bien, desechan su obra como una "sociología de lo obvio". El motivo de queja más frecuente es, de lejos, su hipocresía: el intelectual universitario más exitoso de Francia, ¿cómo puede pretender que tomen en serio sus críticas a la vida intelectual y universitaria? La historiadora Jeannine Verdes-Leroux reunió sus objeciones personales en un libro cargado de emotividad; lo tituló

El sabio y la política. Un ensayo sobre el terrorismo sociológico de Pierre Bourdieu .

Sin duda, Bourdieu es un típico producto del sistema social que él ataca. Resulta difícil no percibir su carrera como una excepción flagrante a sus reglas sociológicas. Nació en un hogar pobre de una aldea del sudoeste de Francia; hasta iniciar la primaria, habló el dialecto gascón, hoy moribundo. Su padre, un aparcerero itinerante devenido en cartero, que nunca terminó el secundario, se propuso asegurar el triunfo de su hijo y lo inscribió en el mejor colegio de la región. Más tarde, Pierre fue admitido en la Escuela Normal Superior, alma máter tradicional de los intelectuales franceses. Sin embargo, él niega que su historia personal contradiga su tesis, alegando que el sistema deja ingresar a un número simbólico de estudiantes de las clases inferiores para mantener la ilusión de la meritocracia.

Fue el primero de su promoción, pero los círculos intelectuales de París lo rechazaron. "Mucho de lo que he hecho ha sido una reacción contra la Escuela Normal -confiesa-. Creo que, de no haber abrazado la sociología, me habría vuelto muy hostil hacia los intelectuales. Ese mundo me horrorizó." Lo que menos deseaba o esperaba era incorporarse a él. En 1981, luego de haber rechazado propuestas por tres años sucesivos, según dice, aceptó el nombramiento de profesor de sociología en el Colegio de Francia. Lo peor fue cumplir con la antiquísima tradición de pronunciar un discurso inaugural ante el Colegio en pleno y un público distinguido. Asistieron, entre otros, Lévi-Strauss, Foucault, el alcalde de París y los ministros de Cultura y Educación. Le Monde publicó el texto en primera plana. "Hasta esa misma tarde, pensaba no asistir. Fue como el rechazo del Premio Nobel por parte de Sartre -recuerda su íntimo amigo Loic Wacquant, sociólogo de la Universidad de California (Berkeley)-. No podía avenirse a participar en ese ritual de consagración pública. Finalmente, pronunció su discurso: una crítica sociológica del valor cultural asignado a los discursos inaugurales." © La Nación

Traducción de Zoraida J. Valcárcel

Riesman y la caracterización de la sociedad

Orlando Albornoz

"...sociology must inevitably be superficial at many points"

La sociología que se hace en Venezuela es una expresión en la cual subyace un profundo anti-norteamericanismo nada académico, en sí mismo, sobre todo porque la sociología contemporánea, si tiene alguna 'nacionalidad' es aquella norteamericana, especialmente en sus avances metodológicos. Por ello no me sorprende que hayamos ignorado en el país el fallecimiento, a la venerable edad de noventa y dos años, de un sociólogo norteamericano que ha tenido una profunda influencia en su país y en la academia internacional, David Riesman. De hecho, los grandes sociólogos norteamericanos no existen en el vocabulario de la sociología que hacemos en el país. Me refiero, por ejemplo, no solo a Riesman, completamente ignorado, sino a sociólogos como Irving Goffman, un segundo ejemplo de una obra monumental total y absolutamente desconocida en nuestro quehacer sociológico. La obra de Goffman, por cierto, explica buena parte de lo que es el carácter de nuestra sociedad venezolana. Me refiero, sobre todo, a dos de sus libros, *Asylums* y *The Presentation of Self in Everyday Life*, este último que permitiría encontrar explicaciones válidas a esa tendencia que tenemos los venezolanos a no distinguir con propiedad entre la verdad y la mentira, dualidad que influye en como nos presentamos ante los demás, generalmente adulterando lo que somos. En el caso de su libro *Asylums* a menudo pienso que no es la nuestra una 'casa de locos' como una 'casa de bochinche', que sería, por otra parte, una manera distinta de estar en la parte de afuera del asilo

En efecto, dos cosas marcan a la sociología que se hace en Venezuela, según mi criterio. Uno el haberse enraizado en un historicismo que la niega en tanto ciencia de lo contemporáneo, esencialmente, y en segundo lugar una falsa como acendrada creencia de que la sociología es una profesión en el sentido liberal de la palabra.

Esto sin desdeñar una tercera característica, la idéntica falsa creencia de como la sociología es una manera de comprender a la sociedad de modo tal que a sus practicantes le será posible cambiarla, una falsificación que circula como moneda legal, sobre todo, entre los obsesos por cambiar a las sociedades y eliminar sus males, ergo el sistema capitalista. Ideológicamente nuestra sociología ha estado macada por dos corrientes de pensamiento, el social cristianismo y su vertiente jurídica y el economicismo del marxismo ortodoxo, sobre todo en la obra de aquellos que como Marta Harneker convirtieron el marxismo en una pesada lapida de la cual América Latina y el Caribe no halla como desprenderse, tendencia que puede leerse con propiedad en autores tales como Eduardo Galeano, el excelente ensayista uruguayo autor de una Biblia revolucionaria que alimenta el espíritu ingenuo de muchos latinoamericanos, *Las venas abiertas de América Latina*, uno de los libros más engañosos que yo conozca, en la línea de una exquisita denuncia cuya simplicidad es solo comparable a las parábolas bíblicas y tal falsas como aquellas.

La disponibilidad en masa de la sociología (y de otras ciencias sociales como parte de la cultura cotidiana) ha tenido un efecto paradójico en las actitudes que algunos jóvenes y no tan jóvenes estudiantes han desarrollado frente a la teoría social y los problemas sociales. Mis esporádicos contactos con las pequeñas comunidades de sociólogos en el país me señalan que el mal es endémico y que originado en la década de los sesenta avanza en vez de amainar, un signo de decadencia intelectual y académica que desvaloriza la sociología como forma de pensamiento.

En un libro suyo que se ha convertido en un clásico de la sociología norteamericana Riesman planteaba una temática que es de invaluable utilidad para comprender las características de las sociedades, así como la metodología de la sociología como forma de pensamiento. La sociología se ocupa de las sociedades **como son**, no como **deben ser** y eso ha sido una cuestión dilemática en eso que suele llamarse vida pública, porque en ésta piden opiniones, mientras que los sociólogos disponemos de argumentos. Cuando me preguntan hacia donde debe ir la sociedad suelo decir que antes debemos de saber **en donde estamos**. Del mismo modo al aproximarse la sociología a una expresión opinática se quiere que la misma capte la coyuntura cuando puede solo y en el mejor de los casos comprender la estructura social. Ocurre, entonces, que según esta versión periodística de la sociología estos

son unas especies de *gurús* que saben hacia adonde ir, cuando su oficio es el de averiguar, medianamente, en donde estamos. El lenguaje periodístico lucha por encarar el aquí y el ahora, mientras que la ciencia en este caso la sociología trata de ir más allá, a los patrones que definen comportamientos colectivos.

Ese es el tipo de contribución que hizo Riesman, al reflexionar sobre el carácter de la sociedad norteamericana, hurgando en ella lo que permanente y no lo que es circunstancial. En estos días una periodista me preguntaba, angustiada, que iba a pasar en la sociedad venezolana, porque los cambios se estaban produciendo 'hora a hora'. Es difícil explicarle a un lego que las sociedades no cambian de esa manera, así como tampoco van siempre 'hacia adelante' sino que más bien pueden viajar sobre espirales y movimientos pendulares pero no necesariamente sobre rieles de un ferrocarril en dirección hacia adelante. Es, para dar una idea de que es la sociología, como los políticos dicen revolución, cuando en verdad sus acciones son de reacción. Es el caso de la revolución bolivariana, por ejemplo, que en vez de ser una acción 'hacia adelante' pudiera demostrarse que es más bien hacia un 'salto atrás' y ello es perfectamente posible, esto es, ir de la sociedad proto-moderna a la sociedad proto-tradicional. Incluso, suelo tratar de demostrar que la sociedad venezolana del año 2002 encara acciones semejantes a las que esta sociedad vivió hace un siglo, al inicio del siglo XX, sobre todo porque en ambos casos lo que acontece es una lucha por el poder que nos mantiene el borde de cambios violentos. En este sentido es por lo cual mantengo que Chávez tiene un aire definitivo de *deja vu*, con notas inequívocamente personales, en apariencia, pero con comportamientos que son patrones en el desarrollo y evolución de nuestra sociedad, que sigue privilegiando lo político, cuando pudiera explorarse el axioma según el cual una sociedad es más desarrollada en la medida en que menos se ocupe de la política como proceso de lucha por el poder.

En lo personal me honro en referir que fui un amigo cercano de David Riesman. Incluso tengo el privilegio de haber dictado clases en su seminario en la Universidad de Harvard, cuando compartíamos actividades en aquel célebre Department of Social Relations de dicha universidad y que éste escribió el prólogo de un libro mío sobre los **Estudiantes Norteamericanos: perfiles políticos** (1967) En ese mismo orden de ideas recuerdo que, en algún momento, decidí regresarme de aquel templo del saber que era y es la Universidad de Harvard, en donde

supuestamente tenía las posibilidades de incorporarme definitivamente en el ámbito académico de dimensión internacional. Se lo comuniqué entonces a David, quien con sorna me dijo que hacía mal, que mejor serviría a mi país y al pensamiento sociológico, en aquella y no en esta sociedad nuestra. Pero entonces creía en el servicio social nacional y regrese. Pienso que hice lo mejor, pero el fallecimiento de Riesman me hace retornar a aquel momento y dudar si hice lo correcto. En todo caso hecho está.

David Riesman, contribuyó a definir la sociedad norteamericana moderna. Ciertamente no hay sociedad más auto-estudiada que la norteamericana y en la línea de los grandes sociólogos de su país Riesman avanzó en esa línea de pensamiento, estudiando el carácter de la misma. Cabe señalar que si bien Riesman muere como uno de los sociólogos más eminentes de su país, no tenía entrenamiento profesional en esta área. Esto es, no era egresado de una escuela de sociología, sino en derecho. Del mismo modo, carecía de un título de maestría o de doctorado, una confirmación, si sirve de algo, que los títulos no hacen a las personas, sino que son a menudo aditamentos cosméticos o burocráticos, en el mejor de los casos. En ese orden de ideas he analizado como buena parte de lo mejor que se ha hecho en ciencias sociales en nuestro país lo han hecho personas al margen de la academia, esta con signos de aburrida castración intelectual. De hecho Riesman fue entrenado primero en Bioquímica y luego en Derecho, en una interesante tradición de algunos de los más eminentes sociólogos norteamericanos –Talcott Parsons, por ejemplo, se graduó en zoología, antes de irse a Europa a estudiar ciencias sociales y a partir de allí construir la arquitectura intelectual que es la obra de Parsons, a quien, me consta, ignoran –por no decir desprecian- con simpática displicencia los miembros de nuestra comunidad académica del área de la sociología.

El libro *The Lonely Crowd: A Study of the Changing American Character*, es la contribución esencial de Riesman, con la colaboración de Reuel Denney y Nathan Glazer. Riesman formula una topología, dividida en el tipo tradicional, y en dos versiones de la direccionalidad, el *inner-directed* y el *other-directed*. El primer tipo, el hombre tradicional, quien elabora sus relaciones sociales a partir de sus experiencias del pasado y ello es característico de las sociedades pre-industriales. El segundo marca sus valores que son implantados en su vida por sus mayores y dirige su vida hacia objetivos inescapables, bajo el formato del destino. El tercero omite la existencia de códigos y de

fundamentalismos, por su secularidad y basa su experiencia en sus grupos de contacto, más que en sus grupos de control. La sociedad moderna y el hombre moderno, de nuevo Inkeles, es el hombre industrial, des-secularizado y alejado de todo dogma y de valores fundamentales.

Riesman se incorporó a la Universidad de Harvard en 1958 y allí permaneció hasta su retiro en 1980. Durante años Riesman enseñó en esa Universidad el curso Ciencias Sociales 136, "Carácter y estructura social" Allí tuve la ocasión de hablar en varias oportunidades sobre el tema tal como lo veía en América Latina y el Caribe, como otros colegas de distintas partes del mundo eran permanentemente invitados a este Curso, porque Riesman tenía metodológicamente hablando una visión de análisis comparado, que emergía en esos años como una tendencia, que se mantiene, adecuada para comparar sociedades. Riesman dedicó buena parte de su obra al estudio de la educación superior y en su momento fue el líder del pensamiento en esta área, un poco lo que es hoy en día Burton Clark. Estimo, personalmente, que su libro *The Academic Revolution* (con Christopher Jencks), es una obra maestra en el área, un estudio que, evidentemente, debería ser lectura obligatoria de todos aquellos que hablan de educación superior, sus características y su reforma, como si ello fuese algo simple y sencillo.

Profundamente democrático en su pensamiento creía, como así lo estima quien escribe, que era un error politizar a las instituciones de educación superior. Por ello se interesó tanto en mi trabajo de esos años, que hacia con Seymour Martin Lipset, el estudio y análisis de los movimientos estudiantiles de América Latina y el Caribe. Le fascinaban las analogías y diferencias entre las actividades de estos grupos en nuestras dos áreas de actividad y las respectivas comparaciones con la situación europea, en años en los cuales un tercer interlocutor admirable era Martin Trow.

Para terminar, cuando le concedieron a David un doctorado honoris causa en la Northeastern University las *citations* decían que este era un '*Celebrated scholar, Revered teacher and Dedicated Humanitarian*'. Estas características sintetizan con certeza lo que fue David Riesman como intelectual y académico. Por todas esas cosas y por su espléndida obra sería oportuno que los miembros de nuestra modesta y desapercibida comunidad académica se interesasen por la obra de este eminente sociólogo norteamericano. En cuyas manos, ciertamente, *la sociología no fue nunca un ejercicio superficial*.